



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medieval
 Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages
 Actas del III Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres
Ciudad y cultura política urbana en la Edad Media

Alberto Escalante Varona¹

La función de la ciudad en un libro de viajes medieval: el *Viaje a Oriente* de fray Antonio de Lisboa

The function of the city in a medieval travel book: the *Viaje a Oriente* by brother
 Antonio of Lisboa

Resumen:

En esta comunicación, se analiza el relato del viaje a Jerusalén realizado por fray Antonio de Lisboa, monje jerónimo del Monasterio de Guadalupe, a finales del siglo XV. Partiendo de algunos rasgos configuradores del género del relato de viajes, se acota el ámbito de estudio a las peregrinaciones y su significado, para a continuación estudiar la función que cumple la ciudad en el texto y los recursos retóricos empleados en su descripción. Se eligen los pasajes centrados en las ciudades de Venecia y Jerusalén, que constituyen hitos climáticos en la narración. El objetivo, por tanto, es aportar nuevos materiales para abordar este texto, conocido dentro del corpus de relatos de viaje castellanos medievales, pero aún pendiente de un estudio pormenorizado según las últimas aportaciones científicas a la materia.

Palabras clave:

Antonio Rodríguez Moñino; literatura medieval extremeña; tardomedieval.

Abstract:

In this paper, I study the tale of the travel to Jerusalem by Brother Antonio of Lisboa, Hieronymite of the Monastery of Guadalupe, in the late 15th century. I establish some characteristics of the genre of travel books, which I use to study the phenomenon of pilgrimage and its meanings, to subsequently analyse the function of the city in this kind of texts and the rhetoric resources used in its description. I chose the passages where the monk visits the cities of Venice and Jerusalem, which constitute narrative landmarks in his narration. Therefore, my objective is to offer new materials for the study of this text, known in the corpus of Castilian medieval travel books, but still waiting for a more complete study that incorporates the last critical contributions in this subject.

Keywords:

Antonio Rodríguez Moñino; Extremaduran medieval literatura; late Middle Ages.

¹ Graduado en Filología Hispánica. Universidad de Extremadura. alesva92@hotmail.com

1. Introducción

A finales del siglo XV, dos frailes jerónimos del monasterio extremeño de Guadalupe, fray Antonio de Lisboa y fray Diego de Mérida, emprendieron un viaje a Jerusalén con un doble objetivo: en primer lugar, ofrecer datos de carácter económico sobre diferentes enclaves de la Cristiandad; en segundo lugar, y aún más importante, vivir la experiencia de la peregrinación hacia Tierra Santa. En cualquier caso, ambos objetivos nos sitúan frente a una concepción del viaje que rige durante toda la Edad Media, y que contempla todo trayecto desde una perspectiva que abarca y produce múltiples signos y significados: el viaje comprendido como desplazamiento físico progresivo, contacto con otras culturas y desarrollo espiritual.

El *Viaje a Oriente* de fray Antonio de Lisboa constituye un excelente ejemplo para el estudio del panorama urbano de Europa a finales del Medievo: un período de transición en el que los estándares anteriores de organización administrativa, económica y política están cambiando, pero muchos de los preceptos ideológicos medievales se conservan todavía, cristalizados en prácticas de carácter espiritual como la peregrinación. Por tanto, mi objetivo será estudiar la función de la ciudad en este relato, aportando al mismo tiempo unas breves notas que permitan su análisis dentro de una poética del género literario del libro de viajes: tras localizar su fuente primaria y los estudios previos que se han realizado, trazaré un panorama general que plasme la pertinencia y trascendencia de la peregrinación en el imaginario medieval, para luego exponer las descripciones de las ciudades de Venecia y Jerusalén, contenidas en el texto, como ejemplos de usos retóricos de raíces clásicas a la vez que plasmaciones de una realidad histórica a la que el viajero no puede resultar ajeno. El viaje medieval, a fin de cuentas, nos ofrece una visión del mundo que procede directamente de la realidad, pero que pasa necesariamente por el filtro del imaginario de este período y sus modos de conceptualización de lo material palpable.

2. El manuscrito de Guadalupe

Atendiendo al estudio de Rodríguez Moñino (1949), el *Viaje a Oriente* de fray Antonio de Lisboa se incluye en un volumen manuscrito conservado actualmente en la Biblioteca Nacional con signatura 10833 (actualmente, y por deterioro, solo disponible para consulta en reproducción en microforma, con signatura 11611). Bajo el título *Tratado muy deuoto del viaje e misterios de la Tierra Sancta de Jerusalem e del Monte Sinay*, nos encontramos con un tratado misceláneo que, a tenor de su prólogo (Rodríguez Moñino, 1949: 36-37), contiene como texto principal el relato del viaje a

Jerusalén de fray Diego de Mérida (realizado cerca de 1511), y otros fragmentos intercalados de los relatos de las peregrinaciones de fray Antonio de Lisboa (1507-c. 1510), fray Antonio Cruzado (1483) y el Marqués de Tarifa (1518-1519), así como fragmentos de hechos bíblicos, leyendas y digresiones varias.

Rodríguez Moñino editó y estudió los relatos de fray Antonio (1949) y fray Diego (1945); por otra parte, y excluyendo menciones aisladas en diversos artículos, solo el viaje de fray Diego ha sido estudiado por Salvador García (1968). No obstante, carecemos a día de hoy de una edición del manuscrito completo, como entidad textual cohesionada, así como suficientes estudios sobre aspectos particulares de los diferentes relatos que conformen una visión crítica más amplia y variada.

El texto que nos ocupa, por tanto, aparece en este volumen como complemento a un relato incompleto; el anónimo copista, que elabora el prólogo, actúa con voluntad compiladora, buscando antes crear un todo heterogéneo de testimonios sobre las características de la peregrinación a Jerusalén que una narración estructurada a partir de una serie de relatos independientes entre sí. Este hecho, aún deudor de una concepción medieval de lo escrito como cúmulo de saberes diversos, revela la importancia concedida al viaje en este tipo de relatos: por encima de las experiencias individuales de los viajeros, el viaje se carga de un contenido doctrinal y devoto que le otorga significado coherente a la acumulación de experiencias particulares, articuladas en torno a un centro común.

3. El viaje medieval en sus textos

El hombre, “homo viator” desde tiempos inmemoriales y por encima de las circunstancias, se lanza a lo desconocido a través de tal condición (Popeanga, 1991: 10). El viaje, “respuesta del hombre a la contingencia” (Ruiz Domènech, 1995-1996: 260), no solo es “síntoma de curiosidad, sino verdadera necesidad vital” (Albuquerque, 2012: 99-100). Viajar supone romper con lo cotidiano, aventurarse a la oposición hogar/viaje que articula la experiencia humana (Ruiz Domènech, 1995-1996: 261) y enfrentarse a la otredad desconocida, “la alteridad, que implica merodear por los arcanos de la naturaleza humana y sus sentimientos” (Albuquerque, 2012: 107); es un proceso de descubrimiento externo al mismo tiempo que interno, por cuanto a que supone crear nuevas imágenes e ideas acerca de la realidad (Castro Hernández, 2011: 11).

En la Edad Media, el viaje adquiere unas connotaciones particulares: la ruptura con lo cotidiano se intensifica en una sociedad de base rural, en la que el acto de

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodadafortuna.com

viajar implica una serie de dificultades y temores que el viajero debía tener en cuenta en la planificación de su trayecto (Lopes, 2006: 5). Ello explica la carga espiritual con la que se entiende el viaje, sobre todo en su realización como peregrinación a lugares santos: aspecto al que volveré más adelante, y que ya a partir del siglo XIV comienza a diluirse, dejando paso a una concepción del viaje más material, más dada a la exploración aventurera y el descubrimiento de nuevas realidades. No obstante, ello no implica la pérdida absoluta de tal trascendencia: el viaje “es lo real y lo simbólico, lo concreto y lo imaginado [...] uno y múltiple” (Castro Hernández, 2011: 115). El hombre medieval (dentro de las dificultades metodológicas que plantea tal generalización) se aventura a realizar trayectos plagados de incertidumbres, que no aseguran su regreso al hogar, movido sin duda tanto por lo sagrado intangible que empapa a la geografía, pero también por la experiencia palpable y sorprendente que encuentra a su paso:

Los viajeros medievales describen la naturaleza con una fidelidad que rara vez encontramos en otras obras medievales. No debe olvidarse que en estos siglos el poder de los libros se extendía a todo lo conocido hasta desautorizar a la realidad frente a la evidencia de un silogismo. Los viajeros, contemporáneos de Beauvais, Latino y Santo Tomás, fueron los únicos realistas frente a una cultura libresca que despreciaba cualquier experiencia de los sentidos que fuera contra el saber tradicional o revelado (Rubio Tovar, 1986: 26).

Así, el viaje presenta una naturaleza múltiple, como reflejo de una sociedad compleja que interpreta su inevitable experiencia sensible en aspectos metafísicos; y el viaje es acto, pero también concepto, potencialmente “literaturizable” con posterioridad. Asegura “la génesis y afirmación del Occidente cristiano” (Lopes, 2006: 3)² en la unidad dada por el relato sagrado –expresado en un latín universal en la Cristiandad–, por cuanto a que expande el horizonte europeo de conocimientos de otras realidades lejanas gracias a relatos basados en experiencias reales (Pérez Priego, 1984: 239).

Partiendo de esto, la escritura del viaje se dirige a un imaginario preciso: múltiple por cuanto a que proviene de la experiencia de viajeros que escriben para otros individuos de su mismo estamento, y que por tanto “participan de la misma enciclopedia” (Popeanga, 1991: 16), pero concreto si tenemos en cuenta que se encuadra en una maraña de textos interconectados, de tal forma que la escritura del viaje se nutre “tanto de la experiencia real del viajero como de la escritura de relatos

² Traduzco del original en portugués: “Sem as viagens não teria sido possível a génese e afirmação do Ocidente cristão”.

anteriores” (Romero Tobar, 2005: 132), del mismo modo que el receptor del relato lo interioriza, “haciendo suyas las referencias provistas por su autor” (Lopes, 2006: 14)³ y relacionándola con el corpus de historias de viaje que ya conoce. La recepción no solo entretiene, sino que sobre todo informa. Y la emisión parte de la formación intelectual del viajero-narrador:

[...] esto puede indicarnos de qué medios pudo valerse en cuanto a la poética que guía el libro y los medios retóricos que organizan el contenido. [...] Este fondo resulta accesible a los viajeros de cultura clerical o universitaria; el trivium (gramática, dialéctica y retórica) pudo proveerlos de medios para contar su experiencia viajera. [...] Es evidente que, en la mayor parte de los casos, lo que el viajero cuenta resulta extraordinario (en el sentido etimológico) o, al menos desconocido para el lector, y la lectura es motivo para ejercitar la imaginación. (López Estrada, 2003: 16).

3.1 Un género histórico y literario

Viajar, como he señalado antes, supone la conexión con realidades lejanas y desconocidas. Escribir esta experiencia, por tanto, tiene mucho de literatura, pero también de historia: los relatos de viaje se han visto menospreciados en su momento por los filólogos, que atendiendo a su naturaleza de “testimonios de una experiencia aislada, cuando no individual, que, todo lo más, representan un reflejo de la época”, los limitaban al ámbito de “documentos histórico-geográficos” (Popeanga, 1991: 9), y también por historiadores, que recelaban ante sus aspectos literarios. En realidad, deben ser abordados en esta naturaleza híbrida. Siempre y cuando sean fruto de un viaje real, se codifican siguiendo los cánones estilísticos y mentales del momento: así, su doble carácter literario y documental queda asegurado⁴.

Aun así, tengamos en cuenta que, como literatura, el relato de viajes “no tiene un valor literario sobresaliente”; son “relatos un tanto confusos y desorganizados, donde –también en un pobre estilo– se acumulan episodios, noticias y lugares sin un orden constructivo artísticamente muy logrado” (Pérez Priego, 1984: 238-239). Y como documento histórico, y tal y como he indicado antes, estos relatos solo plasman una experiencia individual que se extiende a una recepción plural (y, ya vimos, en un contexto de imaginario compartido), y un “intento de conocer la situación real en que han surgido y se han dado a conocer” (Popeanga, 1991: 13)

³ Traduzco del original: “Este não se limitava a ler a obra. Interiorizava-a, fazendo suas as referências fornecidas pelo autor”.

⁴ Y en este sentido se asentó la revitalización del género en los años ochenta, de la mano de profesores como López Estrada, Pérez Priego, Carrizo Rueda, Rubio Tovar y Beltrán Llavador (Albuquerque, 2012: 106).

que debe ser abordado de manera crítica, atendiendo a posibles tergiversaciones sobre el hecho histórico real (voluntarias o no por parte del narrador).

Visto esto, podemos rastrear el origen de este género en una “confluencia del género histórico, que se abrió a lo literario, y del género de viajes ficcional que buscó el apoyo de lo testimonial” (Albuquerque, 2012: 102). Así, su relevancia como fuente histórica radica en que puede aportar datos exclusivos: es muestra de la evolución de los conocimientos geográficos, puede incluir descripciones de configuraciones urbanas hoy en día perdidas, muestra los objetos de interés geográfico de los viajeros de la época, aporta topónimos pasados tal vez hoy desconocidos (Ochoa Andón, 1990: 99-101); nos informa de las condiciones del viaje medieval (medios de transporte, tiempo del trayecto, seguridad, impuestos, comidas realizadas, guías e intérpretes, hospitalidad de los pueblos visitados (Ochoa Andón, 1990: 90); y el propio viajero puede ser partícipe de acontecimientos históricos, así como se convierte en transmisor de datos que conoce durante su travesía, convirtiéndose así en fuente a la hora de estudiar la cultura (religión, economía, etnografía, ciencia, filosofía) de una región determinada (Ochoa Andón, 1990: 91-98).

El relato de viajes, en suma, nos aporta el saber de la época en relación a múltiples materias. En su doble vertiente, el autor se erige conscientemente como transmisor de la realidad, apelando “al raciocinio de sus lectores, a su deseo de información sobre realidades ajenas a su propio mundo y sobre la aventura de superación humana para llegar hasta ellas” (Baranda, 2001: 13); al mismo tiempo, si el relato se encuadra en la vertiente devota de la experiencia peregrina, se convierte en transmisor de una verdad elevada que queda plasmada en la tierra, donde puede ser comprobada y contrastada.

3.2 Hacia una poética del género

A la hora de estudiar el relato de viajes, debemos tener en cuenta múltiples factores que condicionan su producción y recepción: hablamos de un género multiforme, difícil de delimitar, que presenta un carácter híbrido capaz de “metamorfosearse en otros géneros (cartas, diarios, crónicas, memorias)” que asimila sin perder sus propias características (Albuquerque, 2012: 99); “las guías de viajeros, peregrinos o mercaderes, los relatos de los mismos sobre estos trayectos, informes de embajadas civiles y religiosas, relatos de aventureros y obras de un marcado carácter geográfico, relatos de expediciones como las Cruzadas” (López Estrada, 2003: 13), todos pueden tener cabida. Hay que atender también a cuestiones documentales, tales como las “modalidades de redacción, la presentación

de la narración y las ilustraciones que acompañan en ocasiones a los textos” (Ochoa Andón, 1990: 85). Por tanto, al tratarse de un género tan complejo, enfrentado a la necesidad de plasmar una realidad múltiple en “el ámbito restringido de la escritura”, se exige afrontar su estudio desde un enfoque pluridisciplinar (Almarcegui, 2008: 28).

3.2.1 ¿Literatura de viajes, o libro de viajes?

Conviene diferenciar, de entrada, el relato de viajes (o libro de viajes) de la literatura de viajes (Albuquerque, 2012: 103). Toda literatura, puesto que desarrolla trayectos internos o externos, trata el motivo del viaje. Pero un libro de viajes es aquel que habla sobre un viaje real (Popeanga, 1991: 16)⁵: como he venido indicando, este tipo de relatos desgrana la narración de lo que el viajero ve y vive, lo que supone una ruptura con su cotidianidad. Su relato es factual, descriptivo y objetivo (Albuquerque, 2012: 112)⁶, pero dejando cierto margen para la inclusión de ficción, la narración y ciertos apuntes subjetivos. Y presenta los hechos vividos en primera persona, cargándolos así de verosimilitud: este carácter testimonial asegura la objetividad de lo vivido, así como asegura “el compromiso con lo que se narra”, lo que implica un cierto margen de parcialidad y subjetividad (Albuquerque, 2011: 18); el viajero no es protagonista, sino testigo (Baranda, 2001: 12), y su única aportación personal suele ser para explicar sus motivos para permanecer en algún lugar (Lopes, 2006: 13). Ello nos obliga también a analizar críticamente estos relatos, a “valorar su credibilidad” y “averiguar los objetivos que mueven al viajero a dar una información o tergiversarla” (Ochoa Anadón, 1990: 89-90).

3.2.2 Descripción de lo vivido en su dimensión espacio-temporal

⁵ Ambas vías se desarrollan en los siglos posteriores, acentuando las diferencias entre lo literario y lo histórico: “La vía historiográfica siguió su recorrido en obras de base estrictamente documental e histórica. La vía ficcional, por su parte, siguió los derroteros de la epopeya y de los géneros literarios afines que fueron desarrollando su propia personalidad literaria” (Albuquerque, 2012: 102).

⁶ Albuquerque establece tres “rasgos nucleares”, desarrollados en binomios, con los que poder definir el género: factual/ficcional, descriptivo/narrativo y objetivo/subjetivo. El relato de viajes ha de renunciar, en la medida de lo posible, a lo ficcional; ha de equilibrar los aspectos descriptivos y narrativos para no abusar de ellos (lo que llevaría a alejarse de los límites del género, hacia lo puramente literario o hacia las guías de viaje); y ha de reducir al mínimo posible las aportaciones subjetivas. Aun con las matizaciones que podrían plantearse a esta clasificación (los elementos maravillosos y milagrosos introducen lo ficcional, lo narrativo no compromete a lo descriptivo, y las apreciaciones subjetivas del viajero traslucen hasta en las opiniones más aparentemente objetivas), la elección para definir el relato que estoy estudiando como libro de viajes.

El relato de viajes surge de una doble experiencia, “la del viaje y su posterior relato” (Albuquerque, 2012: 103-104): el viaje, de cualquier manera, parte de una experiencia solo parcial, a manos de un viajero “de paso y convivencia”, y de una visión de la realidad siempre incompleta “por la propia tensión de la escritura del viaje, incapaz de dar cuenta del referente” en toda su complejidad (Almarcegui, 2008: 28). Estas condiciones conforman un tipo de relatos muy particular en el vasto mundo de la literatura medieval: relatos que carecen de “entrelazamientos, acciones paralelas, que obliguen al narrador a interrumpir o dejar en suspenso su relato. Estamos ante una pura narración lineal y continuada” (Pérez Priego, 1984: 232-233).

Como género literario, los recursos y figuras retóricas empleados son abundantes y van destinados a apoyar la descripción (écfrasis) del viaje en sus vertientes cronológica, geográfica y etnográfica: abundan, por ejemplo, la prosografía, etopeya, cronografía, topografía, pragmatografía, hipotiposis y tropos varios (metáforas, metonimias, sinécdoques, etc.) (Albuquerque, 2011: 17) cita. El viajero fija el recorrido “lo más exactamente posible tanto en su desarrollo espacial como temporal”, apartándose de la ruta establecida “por motivos propios de la navegación o por la meteorología adversa” (Ochoa Anadón, 1990: 87). Tiempo y espacio, además, se extienden más allá de la propia vivencia del viaje: del tiempo y el lugar del recorrido pasamos al tiempo y lugar de la escritura, y luego al de lectura. El libro, pues, conecta espacios y tiempos muy alejados, lo que condiciona enormemente los procesos de viaje (que se vive en pos de una redacción posterior, y así el viajero seguramente tome notas durante su experiencia para no olvidar lo recorrido), escritura (siempre a posteriori, como recopilación de vivencias a través de un estilo literario y un imaginario concretos) y lectura (dilatada espacio-temporalmente, abierta a un destinatario previsto y a un receptor muy diferente⁷).

El relato “se articula básicamente sobre el trazado y recorrido de un itinerario [...] que es seguido desde su comienzo a su final y ocupa toda la extensión de la obra” (Pérez Priego, 1984: 220). Ante la multitud de maravillas y novedades con las que se encuentra el viajero en el espacio, es presa en la redacción de un “propósito totalizador, de describirlo todo, de incorporarlo todo al relato, aunque sólo sea mediante su simple mención”; lo que le lleva a emplear técnicas como la *abreviatio*, la *repetitio* o la *digressio* en la descripción de lo que ve, equilibrados con mayor o menor habilidad (Pérez Priego, 1984: 227-229).

En el aspecto cronológico, el narrador no depende tanto de él, pero sí se ve obligado a encuadrar sus vivencias en un marco temporal; las lagunas en el relato se

⁷ “El libro de viajes se escribió con una intención y propósito. [...] Luego, más adelante, adquiere el valor significativo de documento, aprovechable como testimonio histórico o de otro orden” (López Estrada, 2003: 11).

ven “motivadas sólo por la falta de incidentes que contar”, y las imprecisiones se pueden achacar a la distancia temporal, ya comentada, que resulta de la narración de los hechos (y su reordenación, por tanto) con posterioridad a lo experimentado (Pérez Priego, 1984: 224-225). Aun así, la distribución de los acontecimientos siguiendo una secuencia temporal refuerza la verosimilitud del relato (Lopes, 2006: 8).

3.3 Los viajes a Oriente: la peregrinación a Tierra Santa

Dentro de la tipología de libros de viaje medievales, y tal y como señalaba antes, el relato de peregrinación ocupa un lugar destacado a lo largo de todo este período: incluso a finales del siglo XV, cuando (tal y como he indicado) el interés del público deriva hacia una vertiente menos espiritual, se siguen registrando testimonios de peregrinos hacia los lugares santos: este es el caso de fray Antonio de Lisboa.

La trascendencia del viaje no se puede ignorar. Esa “respuesta del hombre a la contingencia”, necesidad vital consustancial a nuestra existencia, ruptura con lo cotidiano en busca de lo desconocido, hambre de conocimiento y cuestionamiento del saber previo; esa experiencia encuentra en lo religioso un medio de proyección inigualable. Lo divino actúa como medio de protección ante las incógnitas del peligroso camino; la propia actitud persistente del peregrino que camina sin descanso es reveladora acerca de la mentalidad medieval y sus significados, a través de sus testimonios.

3.3.1 La peregrinación en sus planos histórico y literario

La peregrinación, en su dimensión histórica, se estructura en la “trinidad” de destinos formada por Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela. Estos tres casos, “aunque en su raíz espiritual y también en sus manifestaciones, son de orden religioso, sin embargo tienen una gran repercusión en el conjunto de la sociedad y dieron ocasión acaso al mayor número de los viajes de la Baja Edad Media” (López Estrada, 2003: 29). Las Cruzadas afectaron enormemente a las condiciones de tolerancia mutua entre cristianos y musulmanes, que redundaron en el tratamiento hacia los peregrinos e, incluso, la posibilidad de realizar o no el viaje a Jerusalén. Cargadas con esta connotación de liberación de Tierra Santa, el peregrino se lanza a lo extraño, dispuesto a sufrir: ello le confiere unos derechos especiales en ciertas legislaciones, como las *Siete Partidas*; los peregrinos, por lo general, “tienen derecho a

que sus cuerpos sean protegidos y sus casas, guardadas. No pagan portazgos ni impuestos de paso. Y sus bienes quedan seguros durante su ausencia” (López Estrada, 2003: 31-32). De este modo se fomenta socialmente esta clase de viajes, pese a su peligrosidad, pues a través de ellos “la religiosidad se torna caminante, subrayando aún más que la vida del hombre es un tránsito por el mundo” (López Estrada, 2003: 31).

Pese a que los libros de peregrinación emplean fuentes de información muy similares (Baranda, 2001: 11), su interés no es por ello menor. El viaje supone un progreso tanto físico como espiritual: el viajero va en busca de los *locas sanctus* que conectan lo divino con lo terrenal (Ruiz Domènech, 1995-1996: 262). No hay que interpretar este deseo de viaje trascendental solo desde la perspectiva del *contemptus mundi* monástico, o de un rechazo a lo terrenal; aparte de por “miedo a la condenación eterna” que le lleva a desear la salvación mediante el viaje, el peregrino quiere encontrar sentido a su vida mediante el encuentro de “ese lugar donde una vez ocurrió algo maravilloso” (Ruiz Domènech, 1995-1996: 263). Y es verdaderamente algo portentoso para el viajero, en tiempos tan convulsos, que la Cristiandad mantenga su unidad mediante el establecimiento de lazos inmateriales a través del tiempo y el espacio (Ruiz Domènech, 1996-1996: 264): el lejano relato sagrado se legitima en los lugares santos que el viajero puede ver (Baranda, 2001: 12), y que por otra parte resisten milagrosamente en tierra infiel.

La peregrinación, no lo olvidemos, viene motivada por la imposibilidad de trasladar las grandes reliquias de la cristiandad (Baranda, 2001: 7); por tanto, ofrece la posibilidad de expresar “una devoción íntima suscitada por la relación física con la realidad material de Tierra Santa” (Baranda, 2001: 7)⁸. Al contemplar una reliquia o un lugar sagrado, reflejo directo del martirio de Cristo y la salvación del Pueblo de Dios, el viajero comienza

[...] un brevísimo discurso religioso (la relación existente entre los hechos del Antiguo y el Nuevo Testamento) y a una reconstrucción de la escena que dio origen a la reliquia a partir de diversos *loci* bíblicos: «La Crucifixión», (Jesús y su Madre), y «La lanzada». [...] Todo este magno conjunto de informaciones -desde las noticias sobre iglesias y monasterios hasta los relatos hagiográficos- articuladas por la estructura flexible espacial de *ciuitas* en *ciuitas* nos habla a un tiempo de los intereses de los lectores del momento y del propio autor. (Domínguez, 1997: 189).

⁸ Añade (Baranda, 2001: 14): “La contemplación, el método preferido por la *devotio moderna* para la oración, consistía en *ver* o representarse mentalmente lo trascendente intangible partiendo de lo sensible”.

El objetivo de esta peregrinación, por tanto, es doble e interrelacionado: al comprobar el relato sagrado con sus propios sentidos, el viajero culmina un camino iniciático que le conduce a la salvación de su alma (Lopes, 2006: 20); y ello le lleva a comunicar su experiencia e “incitar a otros cristianos a la realización de esta empresa piadosa” (Domínguez, 1997: 190). Busca informar al receptor de esa realidad externa, conmoerlo con la experiencia directa de las pruebas de la Salvación, y convencerle de que realice tal empresa, pese a sus peligros; e incluso si tal receptor no pudiese trasladarse en peregrinación a los lugares santos, el relato bastaría para agitar su devoción y demostrarle la veracidad de la Escritura, legitimada en otros viajeros que la han podido experimentar de primera mano.

3.3.2 Lo maravilloso en la peregrinación

El hombre va al encuentro de Dios, y sabe que las maravillas sagradas que prueban un Más Allá residen en determinadas ciudades santas. Lo maravilloso, por tanto juega un papel fundamental en la configuración de la visión del mundo por parte de los viajeros, y en última instancia, en la redacción del relato.

“Maravilla” puede ser una criatura fantástica, legitimada solo en lo escrito; pero también una realidad sorprendente. Es maravilla en tanto que refleja “un mundo insólito y desconocido, pero absolutamente real, pues ha sido visto y experimentado por los autores/narradores, y maravilloso, porque se relaciona con aquello que no es visto y observado cotidiana y familiarmente” (Lopes, 2006)⁹. Hay maravilla en lo material, en lo antropológico, en lo folclórico/mitológico, y, lo que nos ocupa, lo religioso (Béguelin, 2004). Y la ausencia de lo fantástico en Tierra Santa no implica que “no se produzcan hechos maravillosos, como resultado de la santidad consagrada del lugar” (Baranda, 2001: 18).

La peregrinación, como todo viaje a Oriente, supone un ejercicio de cuestionamiento de lo consabido: “pertrechados de una determinada Imago Mundi, en la que se entrelazan la realidad y la maravilla”, el relato de viajes lleva al viajero, y posteriormente al lector, a “confirmar, matizar, a poner en duda o a negar la imagen” que posee de tales lugares exóticos y lejanos (Béguelin, 2004). El narrador, además, se ve “impelido” a plasmar estas maravillas en su redacción, aunque cuestione su veracidad (evidentemente, la duda es menor en el caso del relato religioso), para contentar a un público ávido de lo increíble y que puede no discernir entre lo real y lo ficticio.

⁹ Traduzco del original en portugués: “Dão conta de um mundo insólito e desconhecido, mas absolutamente real, pois havia sido visto e experimentado pelos autores/narradores, e maravilhoso, porque se relaciona com aquilo que não é visto e observado cotidiana e familiarmente”.

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodadafortuna.com

Lógicamente, este vaivén se debía sobre todo “al desconocimiento que existía de aquellas zonas, *terrae ignotae*” (Alburquerque, 2012: 105), en mayor o menor medida inexploradas, y aún “guardianas” de ciertos secretos. El viajero testigo describirá, narrará o catalogará (o una mezcla de todo) (Domínguez, 1997: 181) los “mirabilia” que se encuentre en su recorrido, y solo podrá llevar a cabo esta tarea expositiva partiendo de su conocimiento de su realidad cotidiana:

Muchos de esos materiales, convertidos ya en lugar común, serán recogidos e incorporados al libro de viajes medieval. [...] un mundo insólito y desconocido, pero absolutamente real, visto y experimentado por él, y que causará asombro en Occidente. Ese maravilloso, que en realidad no existe como tal, sino que viene a ser lo no observado cotidiana y familiarmente. [...] trata de racionalizarlo trasladando allí sus hábitos de observación más familiares. La comparación será de nuevo el procedimiento más eficaz para la descripción de todas estas cosas maravillosas (Pérez Priego, 1984: 230-231).

3.4 La ciudad medieval en el libro de viajes

La ciudad en el relato de viajes participa de las cuestiones planteadas hasta ahora: el viajero se detendrá en ellas (por elección personal o circunstancias externas, como esperar hasta conseguir los permisos necesarios para continuar el trayecto) y aprovechará para narrar su experiencia; los órdenes espacial y temporal encuentran en la ciudad un punto clave en su configuración en el relato, y las maravillas se concentran especialmente en estos emplazamientos urbanos. Las ciudades, por tanto, suponen “verdaderos núcleos narrativos en torno a los que se organiza el resto del relato, la relación del viaje”, de tal modo que la ausencia de ciudades en el itinerario “produce una brusca aceleración del tiempo de la narración” (Pérez Priego, 1984: 225-226).

Son descritas como espacios aislados, puntos de contacto con la divinidad por medio de las reliquias. En esta sociedad rural, abocada desde el siglo XII a una consciencia urbana pareja al desarrollo económico y cultural de Europa, los relatos posteriores darán cuenta de esta fascinación hacia la urbe: será espacio de aislamiento (espacios configurados en su individualidad y demarcados), solidez (cuentan con fuertes protecciones), verticalidad (símbolo de poder); en una palabra, orden (Lopes, 2006: 9-10), frente al caos exterior.

La descripción de la ciudad sigue en muchos relatos de viaje la tradición retórica clásica, plasmada en textos como los *Excerpta Rhetorica* del siglo IV, que en el

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodaafortuna.com

apartado de alabanza de la ciudad (*de laudibus urbium*) ensalzan las virtudes arquitectónicas y culturales del lugar, atendiendo a (Pérez Priego, 1984: 227):

[...] la antigüedad y fundadores de la ciudad (*urbium laudem primum conditoris dignitas ornat*), a su situación y fortificaciones (*de specie moenium. locus et situs, qui aut terrenus est aut maritimus et in monte vel in plano*), a la fecundidad de sus campos y aguas (*tertius de fecunditate agrorum, largitate fontium*), a las costumbres de sus habitantes (*moribus incolarum*), a sus edificios y monumentos (*tum de his ornamentis, quae postea accesserint*), a sus hombres famosos (*si ea civitas habuerit plurimos nobiles viros, quorum gloria tuceam praebeat universis*); para todo ello, en fin, se encarece el uso de la comparación, como era propio de todo el género epideíctico (*in his quoque faciemus breviter comparationem*) [...].

Siguiendo esta clasificación, la “fecundidad de sus campos y aguas” implica los medios de abastecimiento de la población; las “costumbres de sus habitantes” recoge también el número de los mismos; los “edificios y monumentos” comprenden los lugares sagrados, donde se localizan las leyendas y reliquias de mártires, “hombres famosos”.

4. El viaje a Oriente de fray Antonio de Lisboa

Vistas las características principales del género, atendiendo a los últimos y principales estudios realizados sobre el tema, queda la aplicación de las mismas al texto que nos ocupa: el relato de la peregrinación de fray Antonio de Lisboa a Jerusalén.

Pocos datos biográficos puede aportar Rodríguez Moñino (1949: 31): de fray Antonio solo sabemos que fue fraile jerónimo (secular en el momento del viaje), que se supone su nacimiento en Lisboa, y que realizó la peregrinación en 1507 junto a su hermano Pedro Martínez de Silva. Es probable que su relato inspirase a fray Diego de Mérida en la realización de su viaje posteriormente, en 1511.

Ya el título del manuscrito no deja lugar a dudas: en este *Tratado muy deuoto del viaje e misterios de la Tierra Sancta de Jerusalem e del Monte Sinay [...] En el qual se contienen Muchas cosas de gran devocion para consolacion de Animas deuotas* queda claro que el compilador persigue los objetivos que he fijado antes: informar, conmover y convencer. De la mano de frailes, y por tanto figuras autorizadas de transmisión de

verdades de fe, se listan las maravillas que se encuentran en el viaje a Tierra Santa; principalmente, monumentos sagrados, escenarios de las Escrituras y reliquias. Estos elementos sagrados (fundamentalmente las reliquias) vertebran la función de la ciudad en todo el relato (“pues que este tratado principalmente se escribe para las cosas de deuocion que en este viaje de la Tierra Sancta hay”; Rodríguez Moñino, 1949: 62). A medida que se abandona la belleza y seguridad de la Cristiandad y se adentra en los peligros de Oriente, solo las reliquias de Jerusalén serán fuente de luz. El relato se completa con indicaciones muy precisas de la distancia entre ciudades, días de viaje y modos de traslado, así como peculiaridades culturales y relatos legendarios o históricos sobre el pasado de cada lugar.

El fraile, a partir de recuerdos y quién sabe si de notas tomadas durante el recorrido, elabora la memoria de la peregrinación, seleccionando los materiales que le interesan; se enlazan así dos momentos alejados en el tiempo (la vivencia y la escritura), formando así una unidad temática. Compara lo que ve con la realidad castellana que conoce tan bien, sin que ello merme su asombro ante las maravillas que encuentra. Su visión es altamente positiva y entusiasmada, y en sus descripciones de las dos principales ciudades que visita, Venecia y Jerusalén, tiende a ver en ellas cualidades utópicas, que compensan (o anulan) incluso sus defectos.

4.1 Recorrido

Parten fray Antonio y su hermano de Tomar el 8 de febrero de 1507. En veinte días llegan a Zaragoza; pasan luego por el monasterio de Montserrat, y tras veintisiete días llegan a Turín, donde embarcan para cruzar el Po y llegar a Venecia. A partir de aquí, una vez ya lejos de la Península, las descripciones son mucho más extensas y la admiración va en aumento. Tras visitar, aunque sea de pasada, las poblaciones cercanas a Venecia, llegan a su destino el 1 de abril. Permanecen allí dos meses, hasta conseguir los permisos de embarcación hacia Tierra Santa. El viaje continúa hasta Pola, Ragusa, Creta, Rodas y otros lugares de menor importancia hasta llegar a Tierra Santa. Tras doce días en Jafa, a la espera de los necesarios salvoconductos, el 24 de julio desembarcan: llegan a Rama, y de allí, el 30 de julio, culminan su viaje el Jerusalén (Rodríguez Moñino, 1949: 32-339. Aunque el relato se interrumpe, se supone que regresaron hacia 1509 o 1510 (Rodríguez Moñino, 1949: 32). Por propia indicación del fraile, sabemos que el trayecto de vuelta desde Venecia hasta Turín lo realizaron a pie, y de este modo, y a pesar de que se trate de un episodio posterior en el tiempo, introduce las indicaciones de tal camino en el primer capítulo del tratado para suplir el vacío en el relato producido por el recorrido que realizan por el Po a la ida.

4.2 Las ciudades

Fray Antonio no se detiene demasiado en describir las poblaciones extremeñas que él conoce, ni las castellanas y aragonesas que le resultan poco llamativas. Será en Venecia donde el fraile se explayará durante ocho capítulos (IV-X; Rodríguez Moñino, 1949: 51-79), correspondientes a dos meses de estancia mientras esperan a que les concedan los permisos de viaje: la parada biográfica entronca con la geográfica; la necesidad de detenerse, con el placer de asombrarse. Evidentemente, se ve obligado a abreviar todas las maravillas de las que es testigo, o bien emplea el recurso de lo incontable “maravillas sin número, no hay hombre que pueda contarlas”, etc.). Solo recalará en los detalles de Jerusalén en una parte del último capítulo (XII; Rodríguez Moñino, 1949: 97-100)¹⁰, pues su relato se interrumpe abruptamente cuando entra en la ciudad; aun así, es la segunda descripción más extensa del relato. Por otro lado, el anónimo compilador añade curiosidades, leyendas y otras historias relacionadas con las ciudades, lo que complementa el estado de conocimientos sobre el tema.

4.2.1 Venecia

La ciudad de los canales maravilla sobremanera a fray Antonio: aunque su relato trata sobre el viaje a Tierra Santa, su larga descripción de Venecia se ajusta a los propósitos de todo libro de viajes a la hora de presentar las maravillas que el viajero se puede encontrar en el trayecto. De igual modo, la relación de las iglesias y reliquias que allí se conservan aporta el necesario trasfondo devocional que se espera en la relación.

Atendiendo a la clasificación propuesta de los rasgos con los que se describe la ciudad en estos libros, fray Antonio cubre todos ellos:

- **Antigüedad y fundadores:** dedica un capítulo (“X: de la fundacion e antigüedad de la cibdad de Venecia”) a relatar el origen mitológico de la ciudad. Remite a las hazañas de Eneas para situar el linaje de Venecia en la edad heroica clásica (“Despues de la destruicion de la cibdad de Troya, viniendo Eneas e el conde Antenor por la mar les hizo gran tormenta [...] e el

¹⁰ Todas las citas al texto que traigo a continuación provienen del mismo estudio de Rodríguez Moñino (1949), de modo que emplearé una cita abreviada, indicando el año del estudio y las páginas.

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodaafortuna.com

conde Antenor aportó en Italia al seno del mar Adriatico, donde es agora fundada Venecia”; 1949: 77)

A partir de ahí, indica la cronología de la fundación de la ciudad desde una perspectiva cristiana (“a dos mill y ochocientos y diez años de la creacion del mundo, e a quatrocientos y XVIII años antes que Roma fuesse fundada, e a 1Vclxxxiii años antes del nascimiento de nuestro Redemptor Jhesuchristo”; 1949: 77), y explica el fortalecimiento y enriquecimiento del lugar a raíz de las defensas levantadas durante las conquistas de Atila (“fue en gran manera ampliada [...] por muchos ricos e poderosos varones [...] huyendo a ella de la crudelíssima persecucion del Emperador Atila”; 1949: 77). Fray Antonio delega en los propios venecianos la veracidad de estos mitos sobre el linaje heroico de la ciudad y sus habitantes (“muestran e prueban los venecianos por antiguas e autenticas historias, de cuya causa se jatan de gran nobleza e linaje, diziendo que vienen e descenden perfectamente de la antigua generacion e linaje de los troyanos”; 1949: 78). Esta riqueza y expansión le lleva a señalar los límites de la ciudad, y cuáles son los territorios e islas colindantes que se encuentran bajo el dominio del Señorío veneciano (1949: 78).

- **Situación y fortificaciones:** asombra a fray Antonio la dedicación de la población veneciana en el cuidado de la ciudad: según él, miles de hombres y mujeres trabajan en el mantenimiento de las peculiares defensas con las que cuenta una ciudad acuática como esta (“quando la necesidad lo demanda, estan las riquezas e hazienda de cada particular aparejadas e prestas para la defension de la Comunidad”, 1949: 61). El propio mar y dos fortalezas muy bien abastecidas construidas en los canales terminarían de convertir a esta ciudad en “inexpugnable”:

[...] está el Arsenal que acá en Castilla llamamos Ataraçanas. [...] Está cercado de muy fuerte muro este arsenal con sus torres y puertas en que ay continuas guardas y veladores [...] estan continuamente depositadas cc galeras que hazen a la cibdad de Venecia inexpugnable, que no tiene otro muro ni cerca saluo estas galeras” (1949: 53).

Le sorprende, cómo no, las peculiaridades en la construcción de la ciudad, y su sorprendente emplazamiento artificial “considerando su asiento que es en la meytad del mar”:

Escalante Varona, Alberto

La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:

El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa

www.revistarodadafortuna.com

[...] la qual está edificada en meytad del mar, a tres millas de tierra firme dexando como para ella ymos la tierra a la mano izquierda haz a la parte del norte e no embargante que el assiento desda cibdad es en medio del mar tiene empero las casas muy excelentes de piedra e de ladrillo [...] que solamente los cimientos son de madera a manera de caxas llenas de gruessa cantería. (1949: 50).

Ante esto, queda claro que el mayor enemigo de la ciudad reside en su propia situación geográfica; pero el ingenio veneciano también supera este inconveniente:

[...] esta hecho un reparo en arco por manera que dize con el contorno de la cibdad [...] estan puestos muchos maderos muy gruesos, altos e enhiestos cerca unos de otros a manera de palizada. (1949: 56).

Estas peculiaridades llevan a fray Antonio a declarar que “se puede llamar e dezir Venecia la cibdad vnica e inexpugnable entre todas las del mundo [...] que todo el exercito del mundo no vastaria a la tomar e ganar por fuerça” (1949: 57).

- **Fecundidad de campos y aguas:** fray Antonio también alaba la limpieza de la ciudad, cómo las aguas impiden la proliferación de enfermedades (“no embargante que su assiento es en medio del agua es empero en gran manera sana e sin enfermedades”; 1949: 56), y las riquezas que se exhiben en el palacio de la Señoría (a las que dedica el capítulo VIII, “Del thesoro de la cibdad de Venecia”).

Las peculiaridades de situación de la ciudad no implican su falta de aprovisionamiento: señala fray Antonio cómo “cada casa tiene una cisterna de agua dulce, la quan traen de tierra muy limpiamente en barcas [...] tienen sus jardines e guertos, muy hermosos plantados de muchos arboles e sembrados de muchas yerbas” (1949: 51), por lo que se sobreentiende que cada hogar tiene sus necesidades básicas cubiertas por medio de un sistema de comunicación continua con los proveedores en tierra. En ese sentido, también el fraile se admira con la intensa actividad del puerto, donde el intenso comercio de bienes permite que “el que mas pobreza tiene no le falta ni tiene necesidad de cosa alguna lo qual causa el gran tracto de las mercaderías que en ella ay” (1949: 56):

Escalante Varona, Alberto

La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:

El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa

www.revistarodadafortuna.com

[...] en el dicho muelle se cargan e descargan todas las mercaderías [...] El numero de las barcas que ay para el seruiçio de la cibdad en que meten de tierra las cosas necesarias para sus mantenimientos e proyissionses, es sin numero ni quento. (1949: 52-58).

Solo de esta ciudad realiza fray Antonio una relación de sus cuantiosas rentas para costear bienes básicos (“leña, harina, carnes, azeytes, xabon, vacas, carneros, puercos, tocinos, cabritos, corderos, capones, gallinas, pollos e otras aues e caças”, 1949: 60-61), en parte del capítulo VI (“De la manera del Príncipe e Señores de Venecia e de la renta que cada año tiene la Señoría”), lo que evidencia su fascinación hacia las riquezas allí manejadas. Aun así, señala cómo este caudal de dinero resulta limitado para cubrir todos los gastos, por lo que todos los ciudadanos aportan su propia riqueza para costear los bienes comunes, en pos de mantener un gobierno independiente y ajeno al resto de los estados que los rodean (1949: 61).

- **Costumbres de los habitantes:** tiene fray Antonio la oportunidad de asistir a la ceremonia de desposorio del mar que se celebra el día de la Ascensión en Venecia, y que congrega a los “xxx mil vezinos” y al Señorío de la ciudad, en una espectacular demostración de poder (en el capítulo IX: “De como el Príncipe de venecia sale cada año en un barco dorado el dia de la Ascension¹¹ él y todo su estado e haze aquella antigua cerimonia de la consagracion e echa en él un anillo muy rico”):

El día de la Ascension [...] sale el Príncipe de los venecianos muy de mañana [...] entra en un barco muy riquíssimo e apostado [...] fueronse hazia aquellos dos castillos fuertes que estan en la canal tocando tantas trompetas [...] e echó como es costumbre en el mar un riquíssimo anillo con una piedra preciosa e hecha la cerimonia se uino a oyr missa. (1949: 69-70).

Tal es su admiración que describe con todo detalle los adornos y riquezas que se exhiben durante la fastuosa ceremonia, y el ajetreo que se forma entre los ciudadanos que asisten. Los ritos cristianos de rigor (escuchar la misa, la cruz omnipresente durante todo el acto) se completan con el rito de desposorio, que llama su atención, y del que aporta una completa relación de la leyenda del enfrentamiento entre el papa y Venecia por la que supuestamente se originó tal tradición (el compilador anónimo aporta más

¹¹ Por lo general (López Estrada, 2003: 33), los peregrinos partían de Venecia este mismo día hacia Jerusalén. Así nos lo relata Pedro Tafur en sus *Andanças*.

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodadafortuna.com

datos que provienen de otra fuente, interpolados en la redacción de fray Antonio); el autor, por tanto, actúa aquí como transmisor de una verdad que no puede contrastar, pero a la que da crédito:

Pues que he dicho que el Príncipe de Venecia hizo el día de la ascension la ceremonia antigua entre los dos castillos del mar quiero poner aqui el blason desta ceremonia ansi como me lo dixeron e informaron de ello estando allí en Venecia que es el infra escrito: [...] (1949: 72).

- **Edificios y monumentos:** como ya he indicado, sorprende a fray Antonio la peculiar configuración urbanística de la ciudad, construida entre canales, así como la anchura de sus calles y su enladrillado (que contribuiría a la higiene: “Las calles e las plaças de la çibdad que son muchas, son todas maciças e firmes ansi como los cimientos de las casas, e estan ladrilladas muy hermosamente de ladrillo de canto, por manera que quando mas llueue mas limpias estan”; 1949: 51).

Pero ante todo destaca la belleza de sus monumentos, en especial la iglesia de San Marcos (“está enuestida e entablada de piedras marmoreas de diuersas colores [...] ay innumerables imagines de marmor [...] de muchos misterios e memorias ansi de nuestro Redemptor”; 1949: 52), el palacio de la Señoría (“cosa muy hermosa de ver; segun la diuersidad de piedras muy ricas marmóreas que en sus edificios [...] ay e la gentileza e riquezas de sus muchos e grandes aposentos”; 1949: 52), y la Plaza de San Marcos, donde le sorprende la Torre dell’Orologio (“en la qual torre está un relox que es cosa admirable de ver e es hecho a la manera e modo del relox del estudio de Salamanca, pero muy mas rico sin comparacion”; 1949: 53).

Completa esta descripción las sorprendentes defensas, ya señaladas, que contribuyen a engrandecer la fama de Venecia: “estan edificados en la canal [...] fuera de la cibdad, dos castillos e fortalezas [...] estan siempre tan proueydos de artilleria, poluora armas e gente [...] son la llau de la fuerça e guarda de toda la cibdad” (1949: 57).

- **Hombres famosos:** otro capítulo dedica a las numerosas reliquias que allí se custodian (VII: “De las reliquias, yglesias e monesterios que ay en Venecia”); aprovecha entonces para relatar las ceremonias de exhibición de las mismas, y aportar abundantes datos sobre San Marcos y la leyenda de su resurrección en Venecia. Así, y por citar algunas de estas reliquias: “un poco de sangre de nuestro Redemptor Jesuchristo [...] un poco del verdadero madero de la vera + [...]” en San Marcos; y en otras iglesias: la “sancta cabeça de Sant Jorge”,

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodaafortuna.com

“gesso del pecho de la gloriosissima Sancta María Magdalena”, “dedo pulgar del Emperador Constantino”, “cuerpo del padre de Sant Juan Baptista”, “un dedo de Sancta Lucía”, “cuerpos de los Sanctos Niños inocentes”, etc. (1949: 62-63). Una ceremonia realizada en San Marcos durante el Jueves Santo, que congrega a todas las cofradías de la ciudad, sirve a fray Antonio para relatar las riquezas que estas ostentan.

Fuera del ámbito religioso y sus ritos y relatos, también son hombres famosos de Venecia el Príncipe y los Señores. Destaca fray Antonio el sistema de voto por el que se eligen, y cómo el Príncipe, aunque revestido de autoridad como representante de Venecia, “aunque él quisiese mandar alguna cosa no sería obedescida si con él juntamente no lo mandassen los Señores del Cabo de Diez”, reducido así el Príncipe a “una cabeça a quien mirar e reuerenciar, e para que represente Estado e reciba las Embaxadas” (1949: 59). Cómo no, su perfección en el regimiento del Estado queda fuera de toda duda: “El Principe de Venecia es muy reuerenciado y acatado [...] los Señores del Cabo de Diez [...] son diez varones de los mas sabios, prudentes e expertos que entre todos los venecianos ay [...] Son perpetuos administradores e disponedores de todas las rentas” (1949: 59-60).

4.2.2 Jerusalén

El día del Corpus los peregrinos parten de Venecia, tras haber pagado los impuestos pertinentes. Tras varios días de trayecto, aparece por fin Tierra Santa. Esto marca un punto de inflexión catárquico en el relato:

[...] en saliendo el sol [...] vimos la dicha sancta ciudad [...] e desde allí, lo mas deuotamente que pudimos, las rodillas por tierra, hezimos nuestra oracion todos los peregrinos, saludando aquellos sanctos lugares e adorando al que en ellos, por nuestra saluacion, tantos y tan crueles trabajos e deshorrada muerte tuuo por bien de sufrir.

no quiero callar un passo de gran deuocion que aqui se me offrece [...] e es que luego viendo aquella sancta cibdad rescibe hombre en su coraçon una tan grande conpuncion e deuocion que yo no lo sabria dezir, e no sin causa pues allí se obró toda nuestra salud (1949: 97).

Estamos ahora en territorio bíblico, donde se multiplican los relatos de milagros y martirios, y donde la presencia cristiana y la musulmana combaten por la supremacía: las iglesias se vuelven mezquitas, los cristianos reniegan de su fe. Pero

para fray Antonio y el resto de peregrinos, esta fortísima experiencia “renueva” su fe (“luego que ui quella Tierra sancta, luego concebí en mi una nueba deuocion”; 1949: 93).

La descripción de la ciudad, como indiqué antes, es muy breve, pero aun así podemos encuadrarla de nuevo en los rasgos previstos:

- **Antigüedad y fundadores / Hombres famosos:** no necesita incidir en ello; nada más pisar Tierra Santa, todas las poblaciones que visitan las relaciona con un relato bíblico o hagiográfico, legitimándolas así en lo maravilloso (Liddia, donde fue martirizado San Jorge; Nazaret, escenario de la infancia de Jesús; Emaús, donde David mató a Goliat, estuvo el Arca de la Alianza y Cristo se apareció tras su Resurrección; el monte Calvario, donde Cristo fue crucificado). Por tanto, no le interesa indicar la fundación de la ciudad, sino asentar su fama en su condición de escenario de las Escrituras. Aun así, se detiene en el ataque de Vespasiano, hito histórico para el lugar, y ocasión que fray Antonio aprovecha para desmentir, en base a su experiencia sensible, algunas creencias sobre la supuesta transformación radical en el trazado urbano que supuso este hecho (lo que entra en relación con el siguiente aspecto, centrado en la situación de la ciudad):

[...] es de considerar que no ay differencia del sitio e assiento de la antigua cibdad que por Tito e Vespasiano fué destruyda como algunos quieren dezir haziendo differencia entre cibdad vieja e cibdad nueua, excepto que es muy poco lo que agora está poblado en comparacion de lo despoblado e en esto poblado que despues se reedificó en aquello que [fue] destruydo [...] (1949: 98).

- **Situación y fortificaciones:** sitúa la ciudad en su localización geográfica, entre tres montes, “conviene saber, monte Sion, monte Moriach e monte Caluarie, los quales dichos tres montes estan a la ladera de uan loma que los toma e comprehende a todos tres” (1949: 98); localiza cada uno de ellos en los puntos cardinales, y menciona los monumentos que se encuentran en ellos y los sucesos bíblicos que tuvieron lugar allí (la referencia a la Pasión en el monte Calvario es inexcusable).

Señala también el fraile la expansión demográfica de la ciudad, que ahora alcanza al monte Calvario abundantemente poblado cuando en el texto bíblico se indica que quedaba a las afueras del núcleo urbano. La experiencia de fray Antonio no contradice el Evangelio, sino que lo complementa: “el templo donde está el dicho sepulchro sancto de nuestro Redemptor (el qual

al tiempo de su passion estaua fuera de la cibdad) está agora buena distancia metido en lo poblado” (1949: 98).

- **Fecundidad de campos y aguas:** no se detiene, en este aspecto, aunque sí declara:

Es de saber que toda la cibdad de Jherusalem con su circuito e comarcas es tierra fragosa, áspera e seca, es empero frutífera e abastada; verdad es que así los oliuos como los otros árboles son muy pequeños en comparacion con los de España. (1949: 99).

- **Costumbres de los habitantes:** si bien no indica ninguna costumbre relevante (y quién sabe si el relato completo hubiese aportado escenas de ritos de los cristianos en los lugares santos), en relación a la población sí indica su descompensación; si bien, en su opinión, “se fue acrescentando la poblacion por los fieles xpianos quando Jherusalem estaua en poder de la xpianidad por deuocion o reuerencia del Dominico Sepulchro” (1949: 98), indica que el monte Sión está despoblado, en contraste con el Santo Sepulcro y el monte Calvario, donde se agrupa buena parte de la población (contando Jerusalén, según fray Antonio, unos “cinco mill vezinos”; 1949: 99).
- **Edificios y monumentos:** cuando por fin divisan la Ciudad Santa, fray Antonio se queja de la triste imagen que ofrecen unas casas “todas labradas casi de piedras negras a manera de quemadas e como todos aquellos templos que sancta Helena hizo estan cubiertos de plomo” (1949: 97). Entre los edificios célebres, las referencias al relato de la Pasión se multiplican: el Cenáculo, el Santo Sepulcro, las casas de Pilatos y Herodes, el Calvario, el monte de los Olivos y el Templo de Salomón son los principales puntos de interés para el fraile en su visita.

Sin embargo, su relato se interrumpe justo cuando entra en Jerusalén, aunque sabemos que regresa a Guadalupe. Encontraremos una descripción de este fascinante territorio y sus poblaciones en el texto inmediatamente posterior en el manuscrito: el *Viaje a Oriente* de fray Diego de Mérida, quien realizó su peregrinación en 1511-1512 (y quién sabe si influido por la experiencia de fray Antonio). Con una mirada inquieta y curiosa, fray Diego no esconde su fascinación: la cultura urbana oriental eclosiona a finales de nuestra Edad Media, y encuentra en este fraile un testigo “siempre indulgente” (García, 1968).

5. Conclusiones

El relato de viajes, a la luz del ejemplo aquí analizado, se configura como un ejemplo idóneo de la reciprocidad y retroalimentación entre Historia y Literatura: a medio camino entre ambas, este género goza de suficiente autonomía como para constituir ejemplos de una forma determinada de ver el mundo y reaccionar ante él (por tanto, un género histórico) y de articular la narración de una experiencia, salpicada de elementos ficcionalizados fruto de la visión particular de unos hechos (por tanto, un género literario). Esta autonomía radica en un punto intermedio que los estudios de las últimas décadas han ido perfilando con mayor rigurosidad.

En el caso que nos ocupa, el relato de fray Antonio de Lisboa encaja dentro de las tipologías de la poética del género. En lo referente a la función de la ciudad en el texto, cumple los preceptos retóricos clásicos en la descripción laudatoria de toda urbe, así como sirve de reflejo de la sociedad urbana de transición entre el Medievo y la Edad Moderna, pasada a través del filtro del fraile, admirado tanto por las riquezas materiales de los lugares que visita como, y sobre todo, por su trascendencia espiritual implícita. Todo ello, en una compleja situación de tensión y enfrentamiento entre el turco y el cristiano, que regirá los devenires históricos de todo el período moderno.

En todo caso, quedaría pendiente un análisis y edición tanto de los dos textos –adecuándolos a los mencionados avances en el estudio y establecimiento de una poética del género– como del tratado manuscrito completo. Una investigación que, en cuanto al tema de la representación de la ciudad (como núcleo narrativo y reflejo de la realidad) necesariamente ha de pasar por el viaje de fray Diego de Mérida: un texto que cambia de escenario, para situarnos en el norte de África, y dibujarnos el mismo panorama complejo entre Cristiandad y musulmanes que también aparece en el relato de fray Antonio, pero desde una interesante perspectiva complementaria. Sirva el contenido de esta comunicación, pues, como un primer acercamiento hacia este objetivo.

Bibliografía

- Albuquerque García, L. (2011). El “relato de viajes”: hitos y formas en la evolución del género. *Revista de Literatura*, 73, 145, 15-34.
- Albuquerque García, L. (2012). Algunas cuestiones disputadas sobre el género “relato de viajes”. *Boletín Hispánico Helvético*, 20, 99-114.

Escalante Varona, Alberto
 La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
 El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodadafortuna.com

Almarcegui, P. (2008) Viaje y literatura: elaboración y problemática de un género. *Letras = El viaje y sus discursos*, 57-58, 25-29.

Baranda, N. (2001). Materia para el espíritu. Tierra Santa, gran reliquia de las peregrinaciones (siglo XVI). *Via Spiritus*, 8, 7-29.

Béguelin Argimón, V. (2004). Lo maravilloso en tres relatos de viajeros castellanos del siglo XV. *Relato de viaje y literaturas hispánicas* (ed. J. Peñate Rivero) (pp. 87-99). Madrid: Visor.

Castro Hernández, P. (2011). Los viajes y lo maravilloso. Una lectura a los relatos de viajes y la construcción imaginaria de las criaturas y lugares de Oriente. *Historia Orbis Terrarum*, 6, 108-141.

Domínguez, C. (1997). E contauan vna grand maravilla. Lo maravilloso y sus fórmulas retóricas en los relatos de viajes medievales, *Scriptura (= Letradura. Estudios de literatura medieval)*, 13. 179-191.

García, S. (1968). Fray Diego de Mérida: un viajero español al Oriente en el siglo XVI. *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, IV, 119-137.

Lopes, P. (2006). Os livros de viagens medievais. *Medievalista online*, 2. Disponible en <http://www2.fcsh.unl.pt/iem/medievalista/MEDIEVALISTA2/medievalista-viagens.htm> [Consultado el 29 de abril de 2015].

López Estrada, F. (2003). *Libros de viajeros hispánicos medievales*. Madrid: Laberinto. Col. Arcadia de las Letras, 15.

Ochoa Anadón, J. A. (1990). El valor de los viajeros medievales como fuente histórica. *Revista de Literatura Medieval*, 2, 85-102.

Popeanga, E. (1991). Lectura e investigación de los libros de viajes medievales. *Filología Románica*, Anejo 1, 9-26.

Romero Tobar, L. (2005). La reescritura en los libros de viaje: las Cartas de Rusia de Juan Valera (pp. 129-150). *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario* (ed. L. Romero Tobar y P. Almarcegui Elduayen). Madrid: Akal.

Rubio Tovar, J. (1986). *Libros españoles de viajes medievales*. Madrid: Taurus.

Escalante Varona, Alberto
La función de la ciudad en un libro de viajes medieval:
El *Viaje a Oriente* de Fray Antonio de Lisboa
www.revistarodadafortuna.com

Ruiz Domènech, J. E. (1995-1996). El viaje y sus modos: peregrinación, errancia, paseo. *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XLV, 259-272.

Rodríguez Moñino, A. (1945). Viaje a Oriente (1512). *Analecta Sacra Tarraconensia*, XVIII, 115-187.

Rodríguez Moñino, A. (1949). El viaje a Oriente de Fray Antonio de Lisboa (1507). *Revista de Estudios Extremeños*, 5, 31-103.

Pérez Priego, M. A. (1984). Estudio literario de los libros de viajes medievales. *Epos: Revista de filología*, 1, 217-239.